



# SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 43.

JUEVES 24 DE DICIEMBRE DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo dia.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIA un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

## SUMARIO.

REFORMA DE LA LEY DE INQUILINATOS, por Pelayo Massanet.—LA ROSA DE IVRY. (Continuacion).—COMPROMISO DE CASPE. (Continuacion).—VIAJE A ZANZIBAR. (Continuacion).—EL PALACIO DUCAL DE VENECIA.—TRAGES MILITARES DEL SIGLO XIII.—GRANADA: Oda, por Augusto Jeréz Perchet.—DON ALONSO DE ALBURQUERQUE.—LA NOCHE-BUENA, por Augusto Jeréz Perchet.—LUZ EN LA SOMBRA, por Villeta.

## REFORMA DE LA LEY DE INQUILINATOS.

Hace mucho tiempo que se habla ya de modificar nuestra legislación en punto al arriendo de fincas urbanas. El fenecimiento del arriendo por la enagenacion ó traspaso á título particular de la finca arrendada; la muerte de arrendador; la espiracion del derecho temporal de éste á la propiedad ó usufructo del inmueble; la facultad omnimoda por parte de los dueños de las casas y otros edificios urbanos de arrendarlos libremente, estableciendo los pactos y condiciones que bien les parezca; y la facultad de despedir al inquilino cuando el propietario necesita la habitacion para sí, dan lugar, sobre todo en los grandes centros, á una lucha sorda entre los intereses encontrados del arrendador y arrendatario, que ha sido objeto de muchas meditaciones. Que éste en muchísimos casos experimenta considerables perjuicios, no puede ponerse en duda: el cambio de habitacion lleva consigo siempre un verdadero trastorno. El facultativo deja por algun tiempo su clientela desorientada; al oficial le sucede lo mismo, y al comerciante muchas veces deja en la tienda por mas que la desocupe un capital, que si bien ha sido creado por su inteligencia y cualidades personales, puede ser aprovechado perfectamente por otra persona distinta de él, que ningun trabajo ha llevado á cabo para crearlo. En efecto: circunstancias de lugar habrán hecho nacer en un comerciante la idea de poner un establecimiento determinado en determinado punto:

su inteligencia, su crédito, sus prendas personales habrán dado al establecimiento una nombradía á beneficio de la cual puede muy bien labrar su fortuna: mañana puede venir el propietario, finido el tiempo del arriendo, exigiendo el desocupo del local ó aumentando progresivamente el precio del alquiler, hasta un término que obligue al industrial ó comerciante á desocuparlo: deja al fin el arriendo que no puede sostener por mas tiempo, y un tercero ó el propietario, explotando las mismas circunstancias que él habia explotado y aprovechándose de su fama y nombradía, pone un establecimiento igual, y hace las ganancias legítimas que el otro hubiera hecho. El primer comerciante é industrial, ¿dónde establece nuevamente su industria ó comercio? ¿Dónde encuentra un local á propósito, situado de la misma manera y apto del mismo modo para el tráfico que ejercia, y al cual afluyan igualmente los demandadores de los géneros que fabricaba ó vendia? La sustitucion es dificilísima y muchas veces imposible, y el primer inquilino ha dejado en la tienda, por mas que la haya desocupado, un verdadero capital moral.

Por otra parte, la propiedad alguna consideracion ha de merecernos. Si alguna limitacion debe ponerse, ha de ser con mucho pulso y gran tino, pues la propiedad, como todo capital, es la condensacion del trabajo, la suma de esfuerzos dedicados á la produccion, sea de la clase que fuere; y debe evitarse muy mucho el ponerlo en manos ajenas á tales esfuerzos y trabajos, pues para evitar males ciertos y realmente existentes, podrian crearse otros mayores tan ciertos como aquellos y mas injustos si cabe.

Los periódicos franceses dieron la noticia de que un podesoso magnate de la corte de Francia habia resuelto en la práctica un problema de grandísima utilidad para la clase proletaria, que es el facilitar á las gentes de escasa fortuna habitacion higiénica y económica, conciliando el interés del inquilino con el del propietario hasta donde se conceptúa posible. El

estudio de este problema no seria perdido para la reforma que se trata de llevar á cabo. La mejora y economía de habitaciones seria un gran paso dado para la armonizacion de los intereses encontrados de los inquilinos y propietarios; y el ensanche de las grandes poblaciones es el principio de ella. Un periódico liberal de Madrid, ocupándose de aquel problema, opinaba que puede hermanarse la propiedad y el proletariado, haciendo productivo el capital, hoy estéril, invertido en el alquiler; y anunciaba que en Inglaterra y Bélgica se ha ensayado esta idea, ya planteada en grande escala en el departamento del Alto Rhin y otros puntos de Francia; afirmando que podria hacerse mucho en beneficio de aquella idea, construyendo en barrios sanos una masa de edificios, que reuniese cuanto es menester para la vida en familia, cediendo estos edificios en alquiler por un precio módico que no cambiara y buscando un medio de hacer propietario al inquilino, por las combinaciones del interés compuesto.

Estos son remedios que hacen el mal menos grave y pueden preparar su curacion, á ser esto posible; pero no son tan enérgicos que lo ataquen de raíz y tiendan á destruirlo por completo. Poseen mas este carácter los que la Academia de ciencias morales y políticas ha señalado. Hoy no podemos ocuparnos en su reseña, porque nos faltaria espacio. En otro número procuraremos hacerlo con mayor detenimiento de lo que en este nos seria permitido.

PELAYO MASSANET.

## LA ROSA DE IVRY.

(CONTINUACION.)

VI.

EL DESPACHO DEL SEÑOR QUESNEL.

Hácia el centro del pueblo se elevaba una casa de aspecto sombrío y triste, notable en su



exterior por los adornos que decoraban la entrada. Un patio estrecho y sin verdura precedía el cuerpo principal habitado, compuesto de un entresuelo y de un piso. Los andamios puestos en uno de los ángulos de la casa, delante de una gran grieta, demostraban su edad respetable que contaba de seguro mas años que el dueño, el señor Quesnel, notario de Ivry.

El despacho estaba situado en el primer piso: consistía en una gran sala que daba al patio y que seguía al estudio, donde dormían dos pobres escribientes. Una ventana con pequeños cristales verdosos daba entrada á una luz débil, que se reflejaba tristemente sobre los amarillentos legajos puestos en estantes alrededor de las paredes. Todo allí estaba como enmohecido y parecía que al entrar en la pieza se respiraba el fastidio y la pobreza.

El señor Quesnel, sentado ante una gran mesa de madera negra, miraba tristemente los legajos amontonados ante él; su frente estaba arrugada; una sonrisa de desprecio contraía su boca.

Era que el señor Quesnel tenía ambición, y que á menudo se apoderaban de él accesos de profundo horror contra su árida profesion con la cual luchaba desde hacia treinta años, en un miserable pueblo. Algunas veces se había puesto á soñar con la tierra de promisión que se llama París, donde las gentes de su carrera recogían ya en aquella época tan gran cosecha de dinero. Pero lo mismo que á Moisés, no le estaba permitido mas que distinguirla de lo alto de la montaña, sin entrar nunca en ella.

Sus ojos acababan, sin embargo, de bajarse sobre un papel que tenía delante sobre la mesa, y un relámpago de alegría y de esperanza había serenado sus facciones; aquel papel era el contrato de casamiento de Enriqueta Cousin con el nombre de Tournil, coronel de Real-Normandía. De repente el ruido de una puerta que se abría sin previo aviso le hizo levantar la cabeza, y el notario vió en su despacho al conde en persona.

—¡Vos aquí, monseñor! exclamó levantándose y deshaciéndose en mil saludos. No os esperaba tan pronto.

—Sentaos, señor Quesnel, le respondió el conde con acento desembarazado que contrastaba con el uniforme de soldado que aun no se había podido quitar; sentaos y permitidme que haga lo mismo.

Y se sentó sin mas cumplidos en un viejo sillón de terciopelo de Utrecht que desde hacia treinta años había sin duda servido á toda la clientela del notario de Ivry.

—¿Monseñor viene sin duda á arreglar el contrato? prosiguió el guarda-notas con acento suave.

—Precisamente, contestó el conde arrellanándose en el sillón, cruzando las piernas y mirando al hombre de la ley con benevolencia. Tenían razon al elogiarme vuestra perspicacidad, y veo ahora que acabaremos por entendernos.

—Nada mas fácil, monseñor, y si me permitís que os lea este proyecto...

—Es inútil, interrumpió el conde cogiendo con abandono el contrato que examinaba mientras hablaba. Señor Quesnel, escuchadme. Esta es la segunda vez que tengo el gusto de veros.

El notario se inclinó.

—Pero hay fisonomías que no es menester estudiar largo tiempo para conocer á fondo á quien las lleva.

Al oír estas palabras, que había pronunciado el conde con sarcasmo, le echó el notario una mirada estraña, no sabiendo si debía darle las gracias ó ponerse en guardia. El coronel continuó con mas sangre fría.

—Os creo hombre de mérito y de gran habilidad en los negocios, y no estais aquí en vuestro lugar; mas la fortuna no puede siempre ser injusta para con vos, y ya que la suerte me ha traído á este pueblo, quizá estoy yo destinado á reparar su injusticia.

El notario, continuando incierto, especialmente en el momento en que el conde había

puesto la mano en la llaga secreta de su corazón, no contestó mas que inclinándose con frialdad; el coronel añadió mas lentamente:

—Señor Quesnel, ¿sois vos capaz de guardar un secreto?

El notario respiró con mas libertad; le venían á pedir un favor.

—Hablad sin miedo, monseñor, prosiguió con cierta importancia; ya sabeis que el despacho de un notario es como el confesionario de un sacerdote: todo lo que en él se dice es sagrado. Y si os es útil mi ministerio, añadió recalando en estas palabras, en todo lo que sea legal, en todo lo que esté de acuerdo con mi carácter, podeis mandar...

—Sin duda alguna, interrumpió el conde con ironía mas marcada, nada os pediré que no esté de acuerdo con vuestro carácter; mas primero, como es menester que vuestro trabajo sea bien pagado, hé aquí de antemano una cantidad á cuenta del precio total.

Y puso sobre la mesa un rollo de oro. El rostro del notario se animó, sus manos se contrajeron como impacientes por atraer el metal fascinador. Sin embargo, cuanto mas á punto se sentía de ceder á todo lo que se le exigiera, tanto mas se valió de sus escrúpulos y de su conciencia.

—Muy bien, pensó el conde: la conciencia de muchos hombres es como la virtud de las mujeres, nunca grita mas que cuando va á entregarse.

—Monseñor, dijo su interlocutor, aun no sé lo que deseais, pero esta cantidad es pequeña...

—Lo sé, dijo el conde interrumpiéndole; ya os lo he advertido. Este oro es á cuenta, y si salgo de aquí satisfecho, os daré cuatro veces mas.

Y tomando un acento de intimidad que agradó sobre manera al notario, acercó el sillón á la mesa, rasgó el proyecto de contrato, y dijo:

—Mi querido señor Quesnel, vos habeis sido jóven y quizá sepais por experiencia que la pasión y la necesidad de ocuparse en un sitio tan aislado y tan sin recursos como este pueblo, pueden llevar muy lejos á gentes como nosotros.

—Teneis razon, dijo el notario, ya lo sé y adivino tambien que la aldeana aquella... Pero no es mas que una tontería, y no comprendo por qué es preciso que se efectúe el casamiento.

—Eso es cosa mia, querido amigo; en mi posición temo un escándalo que mi seguridad y otras consideraciones que sería inútil detallaros, deben hacerme evitar con cuidado. Nada, pues, me importa el tomarme el trabajo de enganar á esas gentes...

Y le explicó entonces el arreglo que había quedado hecho entre él y el crédulo sargento.

A medida que el relato adelantaba, se iba enfriando el entusiasmo del señor Quesnel; calculaba el valor del rollo de oro, lo cuadruplicaba, lo sumaba con cierto cariño, pero la ambición crecía con el total.

—¡Otro rollo mas, pensaba para sí, y qué cantidad tan bonita! ¡Dos rollos mas!... Monseñor, lo que me proponeis es muy árduo, prosiguió gravemente pesando todas sus palabras. Es cierto que no es desleal, pero quizá mis superiores piensen que la legalidad...

El conde se había levantado, y examinando todos los legajos, leía con afectación las etiquetas. Cada nombre plebeyo de aquellos lo saludaba con una sonrisa de desprecio.

—Todos vuestros clientes me parecen unos pobres diablos; no hay ni uno cuyo nombre prometa un negocio mediano; mas ¿qué ha de haber en este país?... Si os estableciérais en alguna ciudad importante...

—Los estudios cuestan mucho, monseñor.

—Es verdad; pero con unas 15,000 libras... Y algun amigo como yo os las adelantaria con gusto.

Los cuatro rollos se quedaban ya atrás y con una sola palabra veía el ambicioso notario que estaba próximo á cumplirse el deseo de toda su existencia.

El conde prosiguió, sin parecer notar la alegría que brillaba en su fisonomía.

—Es decir, pues, que no se trata mas que de una bagatela, de una verdadera travesura.

—Es verdad que si el sargento Dupuis está de acuerdo con monseñor...

—Sin duda alguna... Pondreis de este modo en el nuevo contrato. Por un lado, Jorge Dupuis, alias la Oriflama, y por otro... Mas no quiero enseñaros vuestro deber; os dejo, y dentro de una hora volveré con los futuros y el terrible Vicente. Se le leerá el contrato que exige, y algun día vendreis á París á mi palacio á reiros conmigo de esta buena jugada. Adios, señor Quesnel, adios, no os incomodeis.

Y el conde salió alegremente del despacho. Cuando el notario estuvo solo se arrojó sobre el oro que aun no se había atrevido á tocar.

—¡Quince mil libras!... ¡quince mil libras!... repetía con frenética avidez; y podrá salir de este maldito agujero, establecerme en París...

En aquel momento levantó los ojos y se quedó como herido del rayo al ver ante él y separado solamente por la mesa á Vicente Cousin.

—Guardad vuestro oro, y sentaos, señor Quesnel, le dijo friamente éste.

—¡Ah!... murmuró el notario; eres tú; tú... estabas... ahí...

—Sí; parece que habeis olvidado la obra que estoy haciendo en vuestra casa y los andamios que están en esa pared. Estoy seguro de que en adelante tendreis cuidado de cerrar las ventanas cuando tengais conferencia con algun gran señor. Pero teneamos que arreglar un negocio entre los dos, ya lo sabeis; ya os habeis ocupado de él, y segun parece no estabais satisfecho de vuestro trabajo (y le enseñaba los pedazos del contrato, que habían quedado sobre la mesa). Habeis tenido razon al romperlo; es un trabajo que volvereis á hacer, y voy á dictaros á mi vez.

Mientras hablaba, le presentaba su sillón y le hacia señas de sentarse.

El señor Quesnel no parecía muy dispuesto á obedecer.

—Escribid, le repitió Vicente con mas autoridad, y nada temais; por esta vez nadie escuchará.

El notario estaba mas muerto que vivo. Su inesperado huésped continuó, indicándole con el dedo las frases que leía en los fragmentos del contrato.

—Os habiais equivocado en las cualidades de la futura; ved lo que es el no haberme consultado: «Enriqueta Cousin, hija de Gerónimo Cousin y de Gertrudis...»

—¿No es Enriqueta vuestra hermana?

—Poned: Enriqueta, hija natural de Enriqueta Cousin...

—¿Cómo!... su madre...

—Sin padre conocido, añadió Vicente bajando la cabeza.

No es vuestra...

—¿Qué os importa? Este detalle á nadie importa sino á mí, y sobre es e particular podeis, al leer el contrato, dejar las cosas como estaban en éste. Con tal que esté escrito y que sea válido... lo demás está bien. ¿Qué estais esperando?

El señor Quesnel, temblando ante la mirada del obrero, murmuró algunas palabras de excusa; no podía adivinar la intencion del pizarro, y alejándose poco á poco, ponía á cada paso mas intervalo entre ambos. Vicente fué á la puerta que conducía al estudio, la cerró con cuidado, y volviendo á ponerse ante el notario, le dijo:

—¿No comprendéis que para salvar á Enriqueta soy capaz de todo? Yo no puedo efreceros oro; pero he jurado que se casaría con su seductor, y es menester que así sea.

Al pronunciar estas palabras, sacó dos pistolas de debajo de su chaqueta y se acodó en la mesa del notario, mirándole fijamente. El señor Quesnel quiso gritar, mas la voz se le ahogó en su garganta.

—¿Escribireis? le dijo Vicente con resolución, pero con calma.



El notario seguía titubeando; su adversario amartillo las pistolas; era capaz de cumplir sus amenazas, y el señor Quesnel se ejecutó.

## VII.

## ASTUCIA CONTRA ASTUCIA.

Después de haber esperado inútilmente el regreso del conde ó de Vicente, Jorge y Enriqueta se habían resuelto á dirigirse á casa del notario, pensando con razon que ambos les habrían precedido.

Andaban despacio, como si los dos temieran llegar demasiado pronto al fin que con tanto ardor habían deseado. Ni uno ni otro se atrevía á romper el silencio que tan solo interrumpían de vez en cuando los suspiros de Jorge.

El pobre mozo seguía en el rostro de Enriqueta las huellas de la inquietud que sin duda le causaba la conducta de su novio. ¿La entristecía el casamiento cuyo cumplimiento había exigido ella misma? En cuanto á Jorge ¿debía él unir su suerte á la de una mujer que amaba á otro hombre?—Sea yo su marido, pensaba el sargento para sí, y el amor vendrá después, si he de creer á mi coronel. ¿Pero si no viniera?...

Todas estas preguntas le atormentaban, y casi tenía remordimientos de haber acogido las proposiciones del conde con tanta facilidad.

Cuando sus ojos se encontraban con los de Enriqueta, todas sus irresoluciones desaparecían, contemplando su hermosura que tantas veces le había dado valor en su penosa carrera. No pudiendo renunciar á ella, resolvió al menos prepararla poco á poco á la idea de la sustitucion de la cual iba á ser víctima, y halagar una indulgencia que en breve necesitaria tanto.

—Enriqueta, dijo por fin Jorge con dulzura, ¿en qué pensais?

La jóven pareció salir de un sueño.

—Enriqueta, repitió Jorge, ¿le amais mucho?

—¿Por qué me haceis esa pregunta, amigo mio?

—Porque en ese caso, si solo él puede haceros feliz... ¡Oh! entonces...

—¿Y qué?

—Nada... nada... es una idea que me ocurre... él no parece tener mucha prisa... y si quereis que lo diga, siempre me había figurado que los esposos debían ser iguales. Entre el coronel y vos no hay diferencia en cuanto á la edad, ni en cuanto á la cara; pero es menester tener los mismos gustos; y vos, hermana de de un artesano, tan sencilla y tan buena, que todo lo hallais ahí, en el corazon, no os vais á encontrar en medio de tantas hermosas damas, tan adornadas.

—Es verdad, respondió la jóven, no había pensado en eso.

—Es cierto que os llamarán la señora condesa, y los primeros dias todo irá bien; pero después...

—¡Después!... ¡Oh! teneis razon Jorge; tendré miedo de amarle; no me atreveré nunca... y sin embargo, seré su mujer... Es preciso...

—Si en realidad fuera tan solo Dionisio; pero no, no hay remedio, es monseñor, y entre ambos pone esto una muralla. Por vuestra parte le tendreis respeto, mientras él...

—El, interrumpió Enriqueta como respondiéndose á sí misma, me despreciará.

—¿Por qué no es realmente, como yo, mas que un pobre soldado?

—¡No sería rica, añadió Enriqueta, pero sería amada!

Jorge recuperó la esperanza.

—Estoy seguro, dijo con calor, de que todas esas maneras finas no dejan amar; me parecen un mueble en el que no se atreve uno á sentarse; por el contrario, cuando no tiene uno nada, como nosotros, cuando no se tienen lacayos que os miran continuamente, ceremonias que enfrian el cariño, siempre se está junto, no se mas que uno... Tú eres yo, y yo soy tú.

—Eso es verdad.

—El marido es el brazo que trabaja; la mu-

jer es el corazon que ama, y ambos no forman mas que uno.

—¡Dios mio! prosiguió la jóven conmovida, ¿quién os ha enseñado todo eso? es lo mismo que yo pienso.

—No lo sé, pero me parece que lo he aprendido pensando en vos.

Enriqueta le estrechó la mano.

—¡Cuán bueno sois, Jorge! vos que deberiais maldecirme, despreciarme... ¡Ah! ¡qué lástima!...

No concluyó la frase, mas el sargento sintió la alegría penetrar en su corazon, y se dijo con confianza:

—Ahora creo que puedo firmar.

Habían llegado á casa del notario; los testigos, reunidos por Vicente, esperaban silenciosos en el despacho del señor Quesnel. Fácil era de ver en su fisonomía grotesca y en sus maneras, que acababan de saber á la vez el motivo porque se les llamaba y las increíbles cualidades del futuro que iba á casarse con la hermana de Vicente el pizarrero.

Este, con cierta dignidad, estaba de pie á la derecha del notario, que no parecía estar muy á sus anchas en el sillón de cuero, dirigiendo sin cesar una mirada poco segura hácia la mano del artesano, oculta entre los pliegues de su chaqueta.

Cuando entró la futura, seguida de Jorge, se levantaron los testigos con premura, y la rodearon al momento para ofrecerle sus simpatías y sus sinceros respetos; mas ella respondió mal á tantas demostraciones, buscando en vano al lado de su hermano al conde de Tournil, que aun no había llegado.

Su espíritu inquieto se perdía en conjeturas siniestras, cuando se abrió la puerta, y el coronel de Real-Normandía, que se había por fin quitado el uniforme de Dionisio el Entendido, apareció, dejando sorprendidos á los testigos, vestido con un elegante traje de campo de terciopelo verde. Sus botas con espuelas y su capa que llevaba en el brazo derecho, demostraban lo bastante que estaba de viaje. Entró rápidamente, saludó á los asistentes con aire de profeccion, y se sentó al lado de Enriqueta, echando antes al señor Quesnel una mirada de inteligencia, ante la cual creyó el pobre notario desmayarse.

Sin embargo, habiéndoselo suplicado Vicente, el señor Quesnel cogió de encima de la mesa el contrato que habían redactado juntos, y lo leyó de una vez, sin atreverse á levantar los ojos, ni á mirar al conde que tomó su turbacion por un acuerdo tácito, y no pudo ni un solo instante suponer que lo que estaba escuchando fuera realmente la letra del contrato, que tan caro había comprado.

Concluida la lectura, presentó el notario la pluma á Vicente, luego á Enriqueta, y aprovechándose de un minuto en que el terrible artesano sostenia el valor de su hermana, se acercó al conde, y ya abría la boca para decirle por lo bajo una palabra, cuando Vicente se volvió y le hizo ver su mano que se agitaba bajo su chaqueta. El señor Quesnel, sobrecogido de un temblor nervioso, tuvo apenas fuerza para presentar la pluma al coronel, quien, sin notar la turbacion de su cómplice, exclamó, dirigiendo á la vez una mirada tierna á Enriqueta: «Firmo con felicidad.»

Dió luego la pluma á Jorge, que la cogió con precipitacion, cediéndola después á los demás testigos.

Algunos momentos después se volvía la pobre jóven á la cabaña, apoyada en el brazo de Jorge, el conde y Vicente los seguían, sosteniendo una conversacion en la cual ambos se mostraban indiferentes. Mas en cuanto el elegante coronel vió á Enriqueta entrar en el jardín de la cabaña con el sargento, cogió el brazo de su interlocutor y se paró en el camino.

—Señor Vicente, le dijo, parémonos, porque es inútil que vaya mas lejos. Ya os lo he dicho, tengo que partir y creo que querreis lo mismo que yo ahorrir á vuestra hermana el dolor de una separacion. De todos modos, ya sabeis que pronto estaré de vuelta.

—Marchaos, monseñor, vuestra presencia no es ya necesaria aquí. Quiera Dios que encontreis en París la quietud que vais á buscar allí.

—Así lo espero, prosiguió el conde.

Aquellos dos hombres creían engañarse el uno al otro; y sus ojos reflejaban el odio que se habían consagrado en silencio, mientras sus palabras parecían respirar tan solo franqueza y cordialidad. Después de despedirse del obrero, corrió el conde á la entrada del pueblo, donde le esperaban los caballos.

Vicente lo perdió pronto de vista entre el polvo del camino, y lanzó en aquella direccion una mirada amenazadora, que acompañó con esas palabras:

—Monseñor, dijo como si aun pudiera oírle, tened cuidado, porque vuestra quietud la turbaremos nosotros... ¡Desgraciado de vos!...

Enriqueta, mientras tanto, con el espíritu preocupado, á pesar de haberse cumplido sus deseos, extrañaba que el conde no viniera á su lado. Jorge estaba solo con ella, contemplándola con ternura, y preguntándose si tendria valor para esperar algunos dias, segun había prometido al coronel, hasta revelar el misterio del contrato. Calculaba, por otra parte, que su licencia era corta y que si solo atendia á sus escrúpulos se separaria de su querida mujer sin haberla siquiera dicho qué derechos creía tener sobre ella. Su discrecion no pudo resistir en esta lucha; se acercó temblando, titubeó al principio, mas al fin dijo:

—El conde ha partido...

—¡Ha partido! exclamó la jóven.

—Y muy contento, prosiguió Jorge, ¿cómo había de quedarse en el pueblo un señor tan principal?...

—¡Un gran señor! dijo Enriqueta con un temblor que iba aumentando.

—Es claro... y ya que hay que confesarlo, aunque he prometido callarme... las suposiciones que os he hecho ha poco...

—¿Qué?...

—Eran verdaderas... y el conde de Tournil no podía ser vuestro esposo.

—¡Ah! ¡Dios mio!... ¿Qué he firmado, pues?

—Perdonadnos, Enriqueta; os hemos engañado. El no os amaba, pero yo...

—Concluid...

—Segun el contrato, os habeis casado conmigo.

—¡Con vos!...

Lanzó un grito terrible, y su hermano, que en aquel momento entraba, la recibió en sus brazos; luego, mirando con enojo al sargento anonadado, le dijo:

—¡Desgraciado! ¡la has muerto!... Si tú supieras... Quiera Dios que no muera, para que mi venganza sea completa.

(Se continuará.)

## EL COMPROMISO DE CASPE.

(CONTINUACION.)

Aun no había trascurrido un mes desde el casamiento del rey, cuando so color de darle el pésame por la muerte de su hijo el de Sicilia, llegaron á Barcelona los embajadores de don Luis y doña Violante de Nápoles, con ánimo de demandarle su herencia para el hijo de aquellos principes. «El principal de los embajadores (dice el historiador Monfar) era el obispo de Cosserans, varon de gran doctrina y elegantísimo, y había pocos en aquellos tiempos que le igualaran. Propuso al rey su embajada, y la oyó éste con gran atencion; fue largo el razonamiento, y se tocaron en él materias de poco gusto para el rey, y las oía con gran atencion: tenia los ojos cerrados y la cabeza baja como si durmiese; pensósele el obispo, y paró algunas veces el razonamiento: conoció el rey el por qué se detenía, y le dijo, que continuara su discurso, que aunque estuviese de aquella manera, bastaba que las orejas estuviesen abiertas y el corazon despierto y atento á lo que decía; y lo conoceria muy bien cuando después de acabado el razonamiento le daria la res-



puesta. Acabó el obispo su embajada, y luego el rey resumió todo lo que le había dicho, que consistió en cinco puntos; y respondiendo... á los otros dos puntos en que pedía que en caso que la sucesión del reino no perteneciese á doña Violante, mujer del rey Ludovico y hija del rey don Juan, hermano del rey, sino á Lu'ovico, su hijo, tuviese á bien que viniera en estos reinos y se criara en ellos, aprendiendo sus costumbres y gobierno, conociendo los naturales de él; demostró el rey sentirse algún tanto de semejante demanda: parecióle no era á propósito tratar de tales materias en ocasión que aun no había un mes que estaba casado, y le dió muy secamente por respuesta las palabras del Evangelio: *Quod justum fuerit dabo vobis.*»

Gustaba por otra parte el rey de que el negocio, árduo y espinoso en sí mismo, se platicase en su presencia, holgándose de oír el derecho que alegaba cada uno de los pretendientes, é inclinándose él, con astuta política, á favor del que asistía al infante don Fernando de Antequera, juzgando facilitar de este modo sus deseos de colocar la corona en las infantiles sienes de su nieto don Fadrique. Juzgaban la generalidad de catalanes, valencianos y aragoneses indudable el derecho que parecía tener el conde de Urgel, por ser el mas cercano en la línea masculina, excluida la femenina de la sucesión, según casi inmemorial costumbre; pero aunque solo llevado del interés de arrebatarse al conde el cetro que no hubiera visto gustoso en sus manos, por resentimientos personales, abogaba ostensiblemente el rey en favor del infante, atraído á este modo de sentir á varias personas influyentes, con lo que se dieron oídos á los embajadores que poco después envió el príncipe castellano.

Mientras con real beneplácito informaban por la reina de Nápoles y Ludovico su hijo, Guillen de Moncada y el obispo de Cosserans; por el duque de Gandía, Bernardo de Vilaritx, gobernador de Ribagorza; y por el conde de Urgel, Bernardo de Centelles, creciendo la emulación y antagonismo por todas partes, en menoscabo de la salud ya muy quebrantada de don Martin; pidió el conde de Urgel con sobrada arrogancia la procuración y gobierno general del reino, propia solo del primogénito y sucesor de la corona: así creía colocarse en el primer escalon del trono. Condescendió el mo-



[Don Alonso de Alburquerque.]

narca aragonés á tan presuntuosa demanda, enviánle á Zaragoza, no porque temiese el favor de que gozaba el de Urge. con las Lunas de Aragón y con las principales familias de Cataluña, ni la adhesión que mostraban á este pretendiente todos los valencianos, sino mas bien para alejarle de su persona y comprometerle entre los bandos que agitaban con terrible obstinación aquel Estado; y no contento con hacerle esta p'bl'ca gracia, le confirió el

oficio de gran condestable, con la facultad nunca vista de nombrar vice-gerente general del reino. Escribía al propio tiempo al arzobispo de Zaragoza y al gobernador de Aragón para que pusiesen estorbos al mando del conde; lo cual ejecutaron de manera que nunca pudo éste llegar á ejercer su cargo, faltándole por otra parte el apoyo y la autoridad de don Martin, cuya política tenía así cumplido logro.

Pero tan constante y dura fue la oposición que hallaba su gobierno en Zaragoza por parte de los Urreas, que, llena la ciudad de gente armada, revoltosa y forastera, llegaron á ser tan frecuentes los alborotos, que el monarca mismo se vió forzado á escribir al arzobispo para que procurase remediar tamaños escándalos. Mas todo inútil. La oposición del justicia á recibir el juramento de guardar los fueros y privilegios que debía prestar el conde, fue cada vez mayor, en términos, que señalado ya el día 14 de mayo para la ceremonia, y designada la iglesia del Pilar para celebrarla, no solo dejó de comparecer aquel funcionario, á pesar de ser requerido para ello, sino que dió aviso al de Urgel, que le esperaba en el mismo templo, de hallarse deliberando en casa del arzobispo, de donde recibiría respuesta. «Y fue tal la respuesta (escribió el conde á su tío don Martin) que al anochecer, cuando debían traerla, hicieron tocar y repicar la campana de San Jaime, que únicamente se toca para alborotar la ciudad, con objeto de echarme las gentes encima por vía de alboroto: y viendo yo esto, hice venir á mi hermano, que se hallaba en el convento de frailes menores con unos 200 combatientes, y me armé, poniéndome encima una cota de armas reales, y dirigíme á la plaza de Santa María del Pilar, enviando á decir al justicia que fuese allá. Mas viendo que no venía, juré los fueros y privilegios en poder de un notario aragonés, protestando que no estaba en mi mano jurar en presencia de dicho justicia. Pero, señor, con el toque de la campana no se meneó nadie de la ciudad, sino la compañía del arzobispo, don Pedro de Urrea y su partida, los de Urrea, que movieron alboroto en la hostería de la Morera, siendo cabezas Pedro de Sesé y Goterio de Vera. Y don Pedro de Urrea con su gente y los de Gorea lo movieron en dos ó tres sitios de la calle Mayor, de tal manera, señor, que han quedado heridos de ballesta, de los que hay aquí para vues-



Viage á Zanzibar.—Costas orientales de Africa.



tro servicio y para el mio como lugarteniente, unos veinte, de los cuales seis son caballeros y escuderos... De la otra parte se asegura que hay muertos y heridos.»

Al tiempo que esto pasaba en Aragon, creia el rey ver realizadas en breve sus esperanzas respecto á la sucesion de su nieto don Fadrique, tratándose secretamente de su legitimacion, pe lida por los sicilianos y aconsejada por

algunos aragoneses, á cuyo acto solemne se ofrecia tambien el papa Benedicto XIII, ganoso de darle mayor fuerza y valor con la autoridad espiritual, que todavia alcanzaba. Sabedor de todo el conde de Urgel por medio de su esposa y madre, que asistian de continuo á palacio y gozaban no poca intimidad con la reina, tuvo por malograda su anhelada empresa, subiendo de punto el desaliento al saber, que, traslada-

do el rey de la quinta de Bellesguart al monasterio de Valldoncella, señaló el dia 1.º de junio para celebrar con toda solemnidad la ya divulgada legitimacion de su nieto. Cercano estaba el instante en que iban á tener cumplimiento los ardientes deseos de don Martin, cuando se vió éste de pronto atacado de cruel dolencia (29 de mayo), que le condujo al sepulcro en brevísimos dias. Atribuyéronla á pestilencia,



Palacio ducal de Venecia.

no obstante de andar muy válida la opinion de que fue motivada por las unciones y manjares que para obtener sucesion, le daban sin consejo de los médicos. Falleció el desgraciado monarca en la celda de la abadesa del monasterio de Valldoncella el dia 31 de mayo de 1410, sin haber designado sucesor ni resolverse á contestar categóricamente á las preguntas que sobre tan importante asunto le dirigieron varios magnates, la condesa de Urgel, los embajadores de Sicilia y diferentes comisiones que, para explorar su voluntad, le enviaron las córtes. A todas las preguntas que se le hicieron, sobre si queria que la sucesion de sus reinos, despues de su muerte, recayese en quien debiera obtenerla con mejor derecho, contestaba con un seco y no satisfactorio sí, no dando otras señales de su voluntad en tan árduo asunto, y aumentando, en consecuencia, la indecision y perplejidad de todos.

No otros fueron los primeros sucesos, que

motivaron el célebre COMPROMISO DE CASPE, cuyas circunstancias, juicio crítico y consecuencias espondremos en los capítulos siguientes, ayudados de gran copia de documentos coetáneos, de manuscritos de varios archivos públicos y particulares de los antiguos reinos de Aragon, Valencia, Mallorca, Castilla y principado de Cataluña, sin dejar de tener presente cuanto han dicho sobre tan importante asunto los mejores historiadores.

## II.

Celebrábanse en el monasterio de Poblet, donde reposaban las cenizas de don Jaime I, con triste pompa y regio aparato los funerales de don Martin, y no olvidando don Guerao Alamy de Cervelló, gobernador del principado, el inminente riesgo á que se veian espuestos los pueblos por falta de cabeza legítima que pudiera ceñir tan esclarecida diadema, convocaba

á toda Cataluña, para que se reuniesen sus prohombres en parlamento general. Fue el punto designado Montblanch, lugar vecino á Pobet, donde debian concurrir los tres brazos, eclesiástico, militar y real con los síndicos y procuradores de todas las ciudades, y aunque segun las leyes de Cataluña, no podia tenerse parlamento sin la debida anuencia del rey, muerto éste sin tomar resolucion alguna, como ya queda dicho, sirvió para igual efecto el poder del gobierno que antes de cerrarse las últimas córtes habia recibido una junta, compuesta del gobernador, los concellers de Barcelona y otros doce individuos. Espidióse la convocatoria en Barcelona á 22 de julio de 1410, y en su virtud se reunió el Parlamento en Montblanch el dia señalado, que fue el 31 de agosto del propio año. Declarábase en ella el peligroso estado, á que se veia reducido el reino por el fallecimiento de don Martin, la conveniencia de tratar de la sucesion que el



difunto rey había encargado fuese dada á quien de justicia perteneciese; y por último, la necesidad de reunirse en corto número, presentándose en su porte y maneras, con sencillez, union fraternal, templanza y cordura. Aconsejaba finalmente este peregrino documento no malgastar el tiempo, y tenía por bien que se recordasen los grandes hechos de los catalanes, que en todos tiempos habían mantenido y acrecentado el esplendor de aquella corona. Pocos fueron en verdad los que concurrieron al llamamiento del gobernador, bien sea por el estado de zozobra que comenzaba á trabajar el principado, ó bien por la enfermedad contagiosa que en Montblanch había aparecido. No bastaba aun para probar el carácter noble de aquellos naturales el conflicto en que se veían envueltos, por carecer de sucesor señalado á la corona; no bastaba el quedar espuestos á la poderosa ambición de los pretendientes á la misma, deseosos de remitir á las armas la validez de sus derechos: ni bastaba tampoco la turbación que dominaba en los ánimos por el temor de una guerra intestina y el universal trastorno de haciendas é intereses: menester era que tan crítica situación se agravase con los terribles efectos de mortífera epidemia. Al aspecto de tan cruel azote decretóse, pues la traslación del parlamento de Montblanch á Barcelona; y reunidos en el palacio real el gobernador general del principado, con solos trece individuos del parlamento, sin contar alguno del brazo militar, el día 25 de setiembre de 1410 se abrió aquella suerte de asamblea, remitiendo, no obstante, al 30 del propio mes su constitución definitiva, á fin de resolver, sin levantar mano, la gran cuestión político-legal que no tenía ejemplo en los tiempos pasados, ni debía reproducirse en los venideros.

Con extraordinaria concurrencia se inauguraba el parlamento, al espirar el plazo indicado, recibiendo desde aquel día, si pudiese decirse así, el primer acto de homenaje de los pretendientes al solio vacante; pues que apenas abierto, se presenta á pedirle audiencia un heraldo del duque de Gandía, conde de Ribagorza y de Denia, para esponer y probar los derechos de éste á la herencia de don Martín el Humano. Nada prueba tanto el gran respeto, confianza y aprecio que inspiraba á todos la nación catalana con su protector noble, desinteresado y justiciero, como la espontánea remisión á las decisiones del parlamento de los derechos alegados por cada uno de los aspirantes á la corona. Enalteciase de esta manera un pensamiento que con tanta sensatez como templanza se había concebido en medio del conflicto, y legitimaba tan popular asamblea todos sus actos, por el hecho de que los mismos que aspiraban á señorear aquellas gentes, iban poniéndose poco á poco bajo su salvaguardia, reconociendo en ella poder y cordura bastantes para ser árbitra en cuestión de tanta importancia.—Representa el gobernador en la primera junta á los diputados la infeliz situación del principado de Cataluña y de las demás tierras y reinos de la corona real de Aragón; ponderábase su notoria desventura, por la falta de sucesor designado, así como los graves obstáculos que se oponían á una elección acertada; recordábase la obligación en que la lealtad de vasallos los ponía de respetar, aunque indecisa y vaga, la voluntad del rey difunto, posponiendo toda afición, parcialidad ó rencor en bien de la patria; ponía delante la necesidad de precaver el justo y esclarecido renombre de la nación catalana, llevado en alas de la fama por todo el orbe (*per tot lo universal mon*), de vergonzoso vilipendio ó mancilla, debiendo por el contrario brillar en toda su pureza; y rogábase por último, que meditaran y propusiesen los medios de asegurar la tranquilidad comun y dar rey á los reinos, participándolo así á todos los que tuviesen por mas dignos, y coadyuvando siempre al mayor enaltecimiento de la gloria de Dios y bienestar de los pueblos.—Respondieron por el estado eclesiástico el arzobispo de Tarragona; por el militar el conde de Cardona, y por el real, que lo formaban las vi-

llas y ciudades, el conceller *en cap* de Barcelona, diciendo que el deseo de todos era enaltecer el servicio de Dios y acrecentar el bien de Cataluña y reinos de la corona, asegurando el sosiego público.—Con tan buenos comienzos parecía encaminarse todo á un arreglo amistoso; mas en las primeras sesiones suscitáronse varios altercados sobre la conveniencia de celebrarse el parlamento en Barcelona, que con su poder y preeminencias, mayores que las de otra alguna población de Cataluña, podía acaso ejercer escesaiva influencia y aun imperio, tiranizando el libre albedrío de los congregados. Mas como observa Zurita, cuando se trataba del bien público, sabían deponer los catalanes sus disensiones y particulares diferencias; añadiendo Abarca con igual propósito, que en tanta avenida de peligros, no podemos negar á la nación catalana la mayor alabanza, porque se opuso á ellos la primera, supo nadar sobre las pasiones de sus parcialidades, y dió con su ejemplo y autoridad la mano á los aragoneses y valencianos que se anegaban. «Ejemplo digno de imitarle (esclama un cronista) nos han dejado en esta ocasión nuestros mayores, que como hombres se hallaron sujetos á sus particulares afectos, y favorecidos de Dios, supieron dominarlos y sujetarles al bien público para que no diese al través la fábrica fuerte y hermosa de la monarquía que habían fabricado: atentos al beneficio de la patria y sus dependencias, cedieron los grandes y nobles al beneficio universal sus empeños, y se inclinaron al sentir comun de proseguir el parlamento en Barcelona, por su buen celo y por la autoridad de Roger de Moncada, que les persuadió á olvidar debates y disputas, y atender á la conclusión del bien universal de la corona, que pendía de su acierto y vigilante celo.»

(Se continuará.)

#### VIAJE A ZANZIBAR.

(CONTINUACION.)

Nuestras lanchas nos dejaron en la playa frente á la entrada principal, á donde se llega por una calle de naranjos y cidros, á cuyo costado izquierdo se estiende una plataforma, al nivel del pie de la casa y plantada de árboles de la misma especie. En el centro de ésta hay un estanque, con el cual por medio de un tubo se alimenta el riachuelo que ya he mencionado y otro tubo lleva el agua de la fuente, á la orilla del mar, y sirve de aguada para las embarcaciones.

El sultan salió á recibirnos á la entrada de su modesto y rústico palacio, acompañado de su hijo Syed-Kilal y del gobernador Syed-Selimán. Una docena de soldados negros descalzos, vestidos con uniformes semejantes á los que usan los cipayos de la India, pero en un estado tal de vejez y destrucción, que recordaban las ridículas figuras que salen á la escena en los teatros de aldea, soldados despechugados y con un completo abandono, justificado en parte por el escesoivo calor del clima, pero de todos modos poco conforme con el rigorismo militar; una docena de soldados, decimos, formaban un círculo en el vestíbulo, y cuando llegamos nos hicieron los honores con una seriedad conservada con menos esfuerzos que la nuestra. Este cuadro gracioso me recordó las historias contadas con tanta sencillez por un escritor árabe, y especialmente la que trata de la toma de posesión de Moguedchou por los monos; y me pregunté á mí mismo si Zanzibar no podía haber sufrido la misma suerte en una época reciente, con la diferencia en ventaja suya que una parte de los conquistadores habrían consentido en quedarse, para servir de guardias de corps al magnánimo sultan.

Cuando hubimos franqueado este pequeño cordón de tropa, penetramos en la derecha del vestíbulo que está á la entrada en una larga sala con las paredes desnudas y donde no había mas ajuar que algunas sillas y sillones de junco. En el fondo se veía la mesa preparada

para comer; el sultan nos invitó á colocarnos á ella rogándonos usásemos de tanta franquez como si estuviésemos en nuestra casa. El se sentó á alguna distancia con las personas que le acompañaban, de modo que asistía á la comida sin tomar parte en ella. Esto era sin duda alguna un acto de cortesía tal vez mezclada de curiosidad, no por la naturaleza del espectáculo, el cual había tenido lugar bastantes veces en circunstancias análogas, sino por ser nuevos los actores. Por lo demás, cada uno de nosotros decía para sí que el mejor sitio estaba ocupado, contra lo natural, por el que miraba comer y no por los que comían. Entre los platos que formaban parte del festín había los siguientes: grandes pedazos de cordero asado, aves asadas y cocidas, arroz de varias clases, pasteles tan duros y compactos como las paredes de M'teni, frutas cocidas con pimienta y mostaza, mangos y limones. Los dulces de Persia sobrecargaban demasiado la mesa, y solo con su vista empalagaban los estómagos mas hambrientos. En vano se buscaba entre estos alimentos groseros el pan, cosa tan indispensable á todo apetito francés; pero últimamente nos dieron algunas frutas excelentes de que abunda mucho la isla. En cuanto á los líquidos necesarios á la digestión de estos alimentos tan pesados, el sultan no llevó tan adelante la hospitalidad, que nos procurase los que son tan estimados en nuestros palacios de infieles. No teníamos para beber mas que limonadas, sorbetes de rosa, agua de azahar, bebidas que sin duda alguna son muy agradables, pero nunca en semejantes circunstancias.

Sin embargo, se concibe hasta cierto punto que un jefe árabe en Cafrería, cualquiera que sea su poder y riqueza, no tiene siempre un *Brillat-Savarin* por consejero y un *Vatel* en sus cocinas. La gastronomía es una ciencia que no se planta del primer golpe; es necesario que se haga en terreno elegido de antemano, porque los grandes artistas en cocina no prosperan sino donde hay inteligencias que comprendan su mérito, y palacios que aprecien su verdadero valor. Así no podíamos ser escrupulosos respecto de las preparaciones culinarias que nos habían servido, y hubiera sido fuera de razón asombrarnos de su inferioridad.

Lo que nos parecía inesplicable y de todo punto inescusable era la modestia, ó mejor dicho, la pobreza de vasos y de vajilla de plata. Algunas cucharas y tenedores desiguales y en número apenas suficiente, fuentes y platos de loza inglesa ordinaria, vasos de vidrio fundido eran todo lo que Syed-Said, jefe de una especie de imperio y poseedor de grandes riquezas, había encontrado para adornar su mesa, cuando convidaba á los representantes de las potencias europeas á quienes se jactaba de tratar como á su misma persona.

La isla de Zanzibar, ó por mejor decir, Zenzibar, se estiende en longitud entre los paralelos de 5° 43' y 6° 28', y en latitud entre 36° 5' y 37° 46': su situación está casi Nor-nor-oeste y Sur-sur-este, á una distancia media de veinte y una millas del continente africano, y ha tomado su nombre de la parte de este continente, de quien depende, y que los árabes llaman Zenzibar, tierra de zendjes ó de negros. Los souaheli, en cuyo país está comprendida, la designan con el nombre de *Anggouya*. Esta isla es tan baja que á una distancia de cuatro ó cinco leguas, apenas se perciben desde el puente de un navío las cabezas de los cocoteros que dominan sus puntos mas elevados. Tiene bastantes bosques, y el aspecto general es agradable; su ribera presenta casi por todas partes una playa á escepcion de sus dos estremidades Norte y Sur, donde está mas escarpada y termina por rocas falsas.

En muchos sitios de su costa Oeste, está rodeada de islotes y de bancos de arena ó de coral que forman pequeñas bahías perfectamente abrigadas. En toda la extensión de esta costa pueden fondear los buques en caso de necesidad; pero el fondeadero principal, al cual se da el nombre de puerto de Zanzibar, está situado delante de la ciudad y protegido al



Norte y al Oeste por bancos é islotes, de los que los principales, yendo del Este al Oeste, han recibido los nombres de Champagni ó isla de los Franceses, Kibandeco, Changon y Baoul. Estos islotes y bancos dejan entre sí intervalos, cuya profundidad es suficiente para los navíos y son los que forman los que se llaman pasos de Zanzibar. El intervalo comprendido entre estos y la parte Nor-este de la isla es casi 3,7 millas cuadradas. Entre los pasos que conducen al fondeadero, hay tres principales, de los cuales se elige segun el monzon reinante y segun que se dé fondo por el Norte ó por el Sur de la isla.

La ribera oriental de Zanzibar ó sea la costa del mar, es escarpada y sin fondeadero, excepto la bahía situada en su centro, á cuya entrada un navío podria fondear en caso de necesidad durante el monzon del Sud-este, pero nunca lo hacen los barcos del pais.

Se ha dicho anteriormente lo que son los vientos generales del mar de la India conocidos con los nombres de monzones que reinan sin interrupcion una parte del año del Norte y durante otra parte del Sur-este. Es necesario considerar estas designaciones como absolutamente invariables, pues el monzon reinante sopla de continuo siguiendo una de estas direcciones con escasa variacion; pero en las inmediaciones de la tierra no sucede lo mismo, pues sufre desviaciones que algunas veces son de muchos cuartos y las cuales son debidas, ya á los contornos de la ribera, ya á la elevacion de las montañas, ya á lo que sobresalen los promontorios, ó en fin, á los accidentes meteorológicos que forman la proximidad de los grandes continentes: es inútil decir que las alteraciones del monzon se hacen sentir mas ó menos tarde, en las diversas localidades, segun que estas se hallan mas ó menos separadas del punto de partida del monzon.

Con respecto á la isla de Zanzibar, segun las noticias adquiridas por la práctica de los marineros indígenas y con las cuales están conformes nuestras propias observaciones, véase el orden que llevan los monzones: el del Nord-este, que llaman Monceum ó Azicub, reina desde el fin de noviembre y terminan en la última quincena de marzo; adquiere su mayor fuerza desde mediados de diciembre á mediados de febrero; en este intervalo sopla muchas veces del Norte y del Nor-nor-oeste. El monzon del Sud-oeste empieza en la última quincena de abril y dura hasta el mes de noviembre; los árabes le dividen en dos partes; la primera que llaman Qouss (en idioma souaheli Qouci) es el mas intenso y se prolonga hasta principios de setiembre; á la segunda se da el nombre de Diman (en souaheli Dimani). Con relacion á Zanzibar, es llamado con impropiedad del Sur-oeste porque durante el día, mas bien sopla del Sur-sur-este al Sur-este que del Oeste al Sur.

El monzon del Sur-este se le considera terminado despues del mes de octubre. Desde esta época al fin de noviembre, el viento cambia del Sur-este al Este, con intervalos de calma. Por lo demás, al fin de cada monzon y durante el intervalo de tiempo que los separa, hay durante el día brisas del mar que se aproximan mas ó menos á la direccion general de uno de los dos monzones, y á las cuales siguen, despues de algunas horas de calma, brisas del Oeste y del Sur-oeste, que vienen del continente; estas últimas se hacen sentir hácia las dos ó las tres de la noche y cesan á las ocho ó las nueve de la mañana. Entonces la calma vuelve á aparecer para empezar al mediodía la brisa del mar y cesar por la noche entre la postura del sol y las diez ó las once.

Por las indicaciones que preceden sobre la situacion de la isla, la colocacion y disposicion de su fondeadero y los vientos que reinan en los parajes donde está situada, es fácil comprender que deberán dar fondo los buques de diferente manera segun la direccion del monzon reinante y segun venga del Norte ó del Sur.

Cuando se quiere ganar el fondeadero de Zanzibar, durante el monzon Sur-oeste, es

menester tener en cuenta las corrientes del Nor-oeste que reinan desde los primeros dias de abril hasta fines de noviembre, y que aumentan en velocidad á medida que se aproximan á la costa, tomando al mismo tiempo una direccion mas al Norte: yo las he hallado de treinta á cuarenta millas en veinte y cuatro horas.

(Se continuará)

#### EL PALACIO DUCAL DE VENECIA.

Este antiguo palacio de los ducs de Venecia, verdadero capitolio de la aristocracia veneciana, es un suntuoso edificio lleno de bellezas arquitectónicas. Su fachada exterior se construyó en 1422, y llaman en ella la atencion su elegante estilo ojival, pero alternando en él el gusto oriental y gótico-bizantino. El 20 de diciembre de 1577, sufrió un violento incendio. Una de sus fachadas pertenece al estilo del renacimiento, no teniendo que extrañarse, porque fue restaurado en diversos tiempos, y fueron varios los arquitectos y escultores que contribuyeron á su recomposicion y ornato.

#### TRAGES MILITARES DEL SIGLO XIII.

Copiados de las viñetas de códices antiguos damos un grupo de militares antiguos. Cubiertos de pesadas mallas, forman gran contraste con la ligereza que hoy se dá á los trages de guerra modernos. Y es que al inventarse la pólvora, al aumentarse la distancia entre los combatientes, fue siendo cada vez menos necesario esa defensa tan importante en aquellos tiempos en que no se podia llamar batalla la lucha en que no se llegaba á las manos hombre con hombre, y que no llegaba á haber combate sino era de esta manera. Disparábanse las flechas desde lejos, pero nunca llevaban la fuerza que las balas de los fusiles de hoy. Ahora una cota de malla defenderia al guerrero de un golpe de arma blanca, pero de ningun modo de un balazo. Todo ha cambiado, los trages y los proyectiles.

#### GRANADA.

ODA.

Como en la selva hojosa  
la tímida gacela recostada  
se mira, así orgullosa  
levántase la hermosa  
mansión de flores, la oriental Granada,

Ceñida por fragantes  
risueños bosques de eternal verdura,  
do arroyos marmurantes  
arrastran fecundantes  
su linfa perezosa en la espesura.

Salud, salud, Sultana;  
perla gentil, morada de alegría;  
esbelta cual temprana  
rosa, que á la mañana  
su cáliz abre en la pradera umbría.

Salud ¡oh bendecida  
ciudad preciada, por agrestes sierras  
doquiera defendida!  
El alma enmudecida,  
contempla venturosa cuanto encierras

De bello y portentoso  
en tu mágico seno sin segundo.  
Mas ¡ay! que congojoso  
late el pecho. Abundoso  
raudal vierte, de lágrimas fecundo.

Recuerda la memoria  
de asombro llena y de mortal tristura,  
la granadina historia.  
¿Qué ha sido de tu gloria,  
paraíso de célica ventura?

En tierra derrocados  
los alcázares véense por el moro  
un tiempo edificados.  
Ahora, abandonados  
yacen sus muros y arabescos de oro.

No ya cual otros días  
se escuchan en la Alhambra misteriosa  
las blandas armonías,  
ni dulces melodías  
del cantar ó la danza cadenciosa.

Dentro sus camarines  
no se queman perfumes aromados,  
como en regios festines;  
los lirios y jazmines  
sus aromas exhalan delicados.

Mas ¿por qué, dí, la frente  
triste humillas? ¿No tienes por ventura  
un cielo trasparente  
de záfiro esplendente  
y suavísima luz, radiante y pura?

¿No tienes perfumadas  
frescas brisas? ¿Canoros ruiseñores  
de armónicas piadas?  
Fragantes enramadas  
y en los prados amenos gayas flores?

Aun vives ¡oh dichoso  
asilo de la gloria! ¡Quiera el cielo,  
dulce edén de reposo  
derramar bondadoso  
sus benéficos dones en tu suelo!

AUGUSTO JERÉZ PERCHET.

#### DON ALONSO DE ALBURQUERQUE.

Fue don Alonso de Alburquerque uno de los gobernadores portugueses de la India oriental, y hacen de él los historiadores un señalado elogio. Aseguran que fue uno de los varones mayores y mas valerosos que jamás tuvo España. Su valor, su benignidad, su prudencia, el celo de la justicia corrieron parejas. Murió así.

Aumentósele con la navegacion la dolencia. Mandó que de Goa que estaba cerca le trajesen su confesor, con quien comunicó sus cosas, y cumplió con todo lo que debía á buen cristiano; una mañana dió su espíritu. Señalado varon, sin duda de los mayores y mas valerosos que jamás España tuvo: su valor, su benignidad, su prudencia, el celo de la justicia corrieron á las parejas, sin que en él se pueda dar la ventaja á ninguna destas virtudes. Gran sufridor de trabajos, en las determinaciones acertado y en la ejecucion de lo que determinaba muy presto: á los suyos fue amable, espantoso á los enemigos. Mucho favoreció Dios las cosas de Portugal en dar á la India los dos primeros gobernadores tan señalados en todo género de virtud, de gran corazon y alto, muy semejables en la prudencia, y no menos dichosos en todo lo que emprendian. Verdad es que si bien se enderezaban á un mismo fin, que era en salvar el nombre de Cristo, y ponerse á cualquier peligro por esto, y por el servicio de su rey y honra de su nacion; pero diferenciábanse en los pareceres y en los caminos que tomaban para alcanzar este fin. Francisco de Almeyda, que fue el primer gobernador de la India, era de parecer que las armadas de Portugal no se empleasen en ganar ciudades en aquellas partes. Las fuerzas de los portugueses eran pequeñas, Portugal estaba muy lejos. Temia que si se dividian en muchas partes, no podrian ser tan poderosos como era menester para tan grandes enemigos. Parecíale que les estaria mejor conservar el señorío del mar, con que todas aquellas provincias los reconocerian. Alburquerque, por el mismo caso que la gente era poca, y el socorro caia lejos, pretendia que en la India debian tener tierras propias, que sirviesen como de seminario para proveerse de gente, de mantenimiento y madera para fabricar bajeles. Sin esto entendia no se podrian





Trages militares del siglo XIII.

mantener largo tiempo en el señorío del mar, ni conservar el trato de la especería; pues una vez ú otra quier por la fuerza del mar, quier por el poder de los enemigos se podrian perder sus armadas. Finalmente, que para asegurarse seria muy importante tener en su poder algunos puertos y tierras por aquellas marinas, do pudiesen acudir á tomar refresco y en cualquiera ocasion acogerse. Cuan acertado haya sido este parecer, el tiempo, que es juez abonado, lo há bastantemente mostrado. Nunca se casó Alonso de Alburquerque, solo dejó un hijo que tuvo en una criada: en cuyo favor, poco antes que espirase, escribió al rey don Manuel estas palabras: «Esta será la postrera, que escribo con muchos gemidos y muy ciertas señales de mi fin. Un hijo solo dejo, al cual suplico que atento á mis grandes servicios se le haga toda merced. De mis trabajos no diré nada mas de remitirme á las obras.» Sepultaron su cuerpo en la ciudad de Goa en una capilla que él fundó con advocacion de nuestra señora. El enterramiento fue suntuoso, las honras reales, las lágrimas de todos los que se hallaron presentes muy de corazon, y muy verdaderos los gemidos. El rey, cuando llegó esta nueva á Portugal, sintió su muerte tiernamente. Mandó llamar á su hijo: llamábase Blas, quiso que en memoria de su padre de allí en adelante se llamase Alonso de Alburquerque. Heredóle como era razon y debido, y casóle muy honradamente; vivió muchos años, trabajando no poco; y á su costa hizo ensanchar y adornar la iglesia en que á su padre enteraron.

#### LA NOCHE-BUENA.

Como las olas del mar amontonándose unas sobre otras llegan desde lejanos espacios á la orilla.

Como el eco de un ruido se repite de monte en monte y de valle en valle.

La tradicion, al través de los siglos, ha llegado á nosotros por el eco de las generaciones.

Hay misterios que se graban profundamen-

te en el corazon. Hay tradiciones que al multiplicarse en el transcurso de los años, aumentan, si es posible, su interés.

Una de las mayores solemnidades que celebra la Iglesia es el Nacimiento del Hijo de Dios.

Incomprensible parábola.

Bellísima introduccion del sangriento drama que mas tarde tuvo lugar sobre la cumbre del Gólgota.

¿Dónde está el nuevo rey que ha nacido?  
¿Cuál es su pueblo? ¿cuál su palacio? ¿cuál su corte?

¿Dónde la multitud que celebra su venida?  
¿Dónde la púrpura y la gala?

Llegad: la noche es oscura, y solo del infinito pende una luz, precioso brillante que parece adornar la cabeza del niño príncipe.

¿Veis á lo lejos aquel grupo de casas modestas que semeja una bandada de perdices?

Pues ese es el pueblo del Salvador.

Acercaos y hallareis un ruinoso establo.

Ese es su alcázar.

Su corte, los pastores de las cercanías y tres reyes que de remotos climas han venido á rendir el manto y la corona al Señor de los cielos.

Sus galas, los divinos resplandores que desprendiéndose de las regiones etéreas inundan en una brillante aureola el estrecho recinto donde reposa el Cordero sin mancha.

Humíllanse los mundos y póstrase la tierra.

Porque en la oscuridad de la noche ha brillado la estrella del Oriente.

Y en la pobreza de un establo ha nacido la luz del universo.

Los ídolos de los falsos dioses caen rodando en menudo polvo.

Rásganse los velos de la ignorancia.

Los pueblos desatan las cadenas de esclavitud.

Los tiranos rompen la cuchilla del despotismo.

El reloj del tiempo marcó la hora.

¡Amor y paz!

Como el aroma por la brisa, como la mú-

sica por el aire, serán llevados los dones del recién nacido al través de los espacios de la tierra.

¡Gloria á Dios en las alturas!

AUGUSTO JERÉZ PERCHET.

#### LUZ EN LA SOMBRA.

##### I.

¡Qué acerbo afán!... En vano mi mirada lejos fijé.

Torno á mirar... Entre el ramaje nada, nada se vé.

Ningun rumor en mi inquietud constante por dicha oí:

ningun suspiro de su pecho amante llega hasta mí.

¿Dónde estará la luz de mi esperanza?

¿Si la veré hoy?...

La tarde va á morir... la noche avanza...

¡Qué triste estoy!...

##### II.

Allá en el seno del ramaje umbrío siento rumor...

¡Es ella! mi ventura, el ángel mio; si jella! mi amor.

Ven, amor mio, calma mis querellas y mi hondo afán.

¡Cuánto has tardado! Mira... las estrellas brillando estan.

Mas no importa la sombra, vida mía, si estás aquí;

que hay en tus ojos, aunque muera el día, luz para mí.

J. VILLET.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.

Editor responsable. Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicacion.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65; y en la Publicidad, Pasaje de Matheu.

En provincias: Estranjero y Américas en casa de los sorresponsales de los Señores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.